

Teresa Ordorika Sacristán,* Natalia Tenorio Tovar**

Evento masivo de muerte, inseguridad ontológica y orientaciones emocionales: por una lectura crítica de la pandemia por la COVID-19 desde las ciencias sociales

Mass death event, ontological insecurity and emotional orientations: towards a critical reading of the COVID-19 pandemic from the social sciences

Abstract | Through an extensive literature review, as well as the examination of cardinal events that occurred during the COVID-19 pandemic, an analysis of the pandemic is presented based on the use of three concepts: massive death event, ontological security/insecurity and emotional orientations, to account for the disorganization and reorganization of certain aspects of the social order, everyday life and subjectivities. We focus on death as an articulating category of the pandemic experience due to its capacity to organize social practices and experiences in the context of the public health crisis. As well as the generation of mechanisms of collective emotional rearticulation resulting from the attempt to restore certainty and predictability to the world.

225

Keywords | COVID-19 | pandemic | death | ontological certainty | emotions.

Resumen | A través de una amplia revisión bibliográfica, así como del examen de eventos cardinales sucedidos durante la pandemia por la COVID-19, se presenta un análisis de la misma a partir de la utilización de tres conceptos: evento masivo de muerte, seguridad/inseguridad ontológica y orientaciones emocionales, para dar cuenta de la desorganización y reorganización de ciertos aspectos del orden social, la vida cotidiana y las subjetividades. Enfocamos la muerte como categoría articuladora de la experiencia de la pandemia debido a su gran capacidad organizadora de las prácticas y las experiencias de las

Recibido: 28 de junio, 2024.

Aceptado: 29 de enero, 2025.

* Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

** Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Correos electrónicos: tordorika@yahoo.com | natalia.tenorio@politicas.unam.mx

Ordorika Sacristán, Teresa, Natalia Tenorio Tovar. «Evento masivo de muerte, inseguridad ontológica y orientaciones emocionales: por una lectura crítica de la pandemia por la COVID-19 desde las ciencias sociales.» *INTER DISCIPLINA* vol. 13, nº 36 (mayo-agosto 2025): 225-250.

doi: <https://doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2025.36.91380>

personas, en el contexto de la crisis de salud pública. Así como la generación de mecanismos de rearticulación emocional colectiva resultantes del intento de restaurar la certidumbre y la predictibilidad del mundo.

Palabras clave | COVID-19 | pandemia | muerte | seguridad ontológica | emociones.

Introducción

El año de 2020 abrió con una ola de noticias y rumores acerca de una extraña enfermedad respiratoria surgida en China. En un clima de creciente incertidumbre comenzaron a circular dos narrativas, igualmente xenófobicas, para dar cuenta del origen del nuevo virus. La primera, de carácter exotizante, designó a los mercados húmedos —representaciones del desorden y la inmundicia— como posible punto de origen, incriminando a los chinos por sus hábitos alimenticios, específicamente el consumo de murciélagos.¹ La segunda, emanada de las teorías de las conspiraciones, afirmaba que era una arma biológica fugada de un laboratorio. Ambas versiones permitían construir al virus como un problema asiático, cuya responsabilidad recaía en las prácticas impuras y/o criminales de los chinos y el secretismo con el cual inicialmente habían abordado los contagios. Los comentarios y acciones racistas a escala internacional no se hicieron esperar (Lim, Lee y Kim 2023).

Este intento por “contener” la expansión de la enfermedad a través de establecer fronteras imaginarias, fracasó rápidamente. Para mediados de enero, con su llegada a Europa, la llamada “neumonía de Wuhan” se convirtió en el virus SARS-CoV-2² y comenzó a enunciarse como un problema de salud pública de escala mundial. El 8 de febrero, el gobierno italiano decretó la primera cuarentena a nivel nacional; en los meses siguientes, con mayor o menor apertura, esta medida se replicó en muchos otros países.

Dada su alta capacidad de contagio, letalidad y el desconocimiento de sus formas de propagación y de tratamientos farmacológicos efectivos, el 11 de marzo de 2020, el Dr. Tedros Adhanom Ghebreyesus, secretario general de la Organización Mundial de la Salud, emitió el siguiente comunicado:

Buenas tardes.

A lo largo de las dos últimas semanas, el número de casos de COVID-19 fuera de China se ha multiplicado por 13, y el número de países afectados se ha triplicado.

1 El título del libro *Sopa de Wuhan* así como la portada del libro reproducen esta narrativa.

2 Históricamente, algunos nombres adjudicados a enfermedades, como, por ejemplo, “la fiebre de Lhasa”, el “virus del Nilo Occidental”, entre otros, reproducen sesgos estigmatizantes y racistas. Reconociendo este problema, la OMS genera nomenclaturas basadas en la estructura molecular de los patógenos, en este caso virus SARS-CoV-2 (Ferreira, Sá, Martins y Serpa 2020). La International Committee on Taxonomy of Viruses (ICTV) le adjudicó este nombre el 11 de febrero de 2020 (WHO 2020).

En estos momentos hay más de 118,000 casos en 114 países, y 4,291 personas han perdido la vida.

Miles de personas más están luchando por sus vidas en los hospitales.

En los días y semanas por venir esperamos que el número de casos, el número de víctimas mortales y el número de países afectados aumenten aún más.

Desde la OMS, hemos llevado a cabo una evaluación permanente de este brote y estamos profundamente preocupados tanto por los alarmantes niveles de propagación y gravedad, como por los alarmantes niveles de inacción.

Por estas razones, hemos llegado a la conclusión de que la COVID-19 puede considerarse una pandemia. (OMS 2020)

Tal como compete a una institución de salud, los criterios utilizados por la OMS para caracterizar la expansión de la COVID-19 como una pandemia provienen de la epidemiología: extensión territorial amplia, desplazamiento territorial, altos índices de ataque y explosividad en un corto periodo de tiempo, novedad de la enfermedad, alto contagio y corto tiempo de incubación, severidad y mínima inmunidad (Morens, Folkers y Fauci 2009).

Siguiendo estos lineamientos objetivos “cuantificables” parecería relativamente sencillo decretar la existencia de una pandemia. Sin embargo, más allá de los aspectos generales, su caracterización dista mucho de ser unívoca (Henao-Kaffure 2010). Existen debates acerca de las fronteras precisas entre esta y una epidemia en relación con: el número de personas infectadas, la severidad que la enfermedad debe presentar, su nivel de contagio, su naturaleza infecciosa y la extensión geográfica del brote, entre otros. En el caso que aquí nos ocupa, la imposibilidad de establecer el momento exacto en el cual emerge una pandemia, las distintas visiones sobre las estrategias de afrontamiento apropiadas y el momento de aplicarlas explican en parte el desfase entre el llamado urgente a actuar enunciado por la OMS y la lentitud de respuesta de muchos de los gobiernos. Dicho retraso tuvo serias consecuencias a niveles nacional e internacional (Afsahi *et al.* 2020; Konishi 2024)

Adicionalmente, la alocución contiene mensajes fuertemente tensionados, los cuales facilitaron la toma de diferentes acciones. En primer lugar, la difícil negociación entre la necesidad de transmitir el peligro supuesto por el coronavirus y, por tanto, de implementar medidas integrales “urgentes y agresivas” y la afirmación de que por primera vez era posible controlar una pandemia, postura esperanzadora buscando mitigar el “miedo irracional” y la “sensación de derrota” (OMS 2020). Ello coadyuvó a la aparición de narrativas que restaron importancia a la COVID-19 (Carvalho *et al.* 2021).³

3 Las discrepancias entre aquellos quienes consideran haber exagerado el peligro y los que no siguen prevaleciendo en la población a nivel internacional. Véase <https://www.gallup-inter>

Una segunda discordancia se manifestó ante la falta de respuestas de los gobiernos: por un lado, se expresó comprensión en torno a la inacción de los países con carencias de capacidades y recursos para afrontar la crisis; por otro, se reprochó la actitud de aquellos gobiernos en donde la dilación devenía de “un problema de falta de determinación” (OMS 2020). La expresión de diferentes posturas restó fuerza a la amonestación frente a la lentitud de aplicación de acciones contundentes.

Un tercer nudo problemático se registró en el reconocimiento de un equilibrio complicado entre las estrategias de mitigación del contagio, la estabilidad del orden social y la economía. Con el enunciado: “todos los países deben encontrar un delicado equilibrio entre la protección de la salud, la minimización de los trastornos sociales y económicos, y el respeto de los derechos humanos” (OMS 2020) se aceptaba la soberanía⁴ de cada país de decidir cuándo y cuáles estrategias implementar, así como los intereses que cada uno de ellos deseaba privilegiar (Howard 2021).

Consideramos que lo anterior muestra con toda claridad que la caracterización de una crisis de salud como pandemia no puede ser explicada y enfrentada utilizando únicamente el paradigma biomédico y la epidemiología. Se trata de un fenómeno en donde se imbrica lo biológico, lo social y lo político (Ferreira *et al.* 2020), así como la valoración de las vidas humanas que están en peligro (Catlin 2021).⁵ Para una comprensión cabal del evento es necesario recurrir a las aportaciones de las ciencias sociales para dar cuenta de la superposición de todas sus dimensiones.

Tras la revisión de múltiples artículos y libros sobre la pandemia escritos desde este campo disciplinar, en este texto recuperamos tres conceptos utilizados: evento masivo de muerte (Han, Millar y Bayly 2021), seguridad e inseguridad/in-

national.bg/en/48393/the-world-is-divided-in-belief-that-the-threat-from-covid-19-was-exaggerated/.

4 En su texto *Necropolítica*, Achille Mbembe plantea “... la hipótesis de que la expresión última de la soberanía reside ampliamente en el poder de decidir quién puede vivir y quién debe morir... la capacidad para definir quién tiene importancia y quién no la tiene, quién está desprovisto de valor y puede ser fácilmente sustituible y quién no” (Mbembe 2020, 19 y 46). Esta noción de soberanía ha sido ampliamente utilizada en artículos buscando dar cuenta de las grandes inequidades en salud dadas durante la pandemia al utilizar los conceptos de biopolítica y necropolítica tal como lo usa este autor.

5 La eclosión del coronavirus ha producido una cantidad importante de artículos estableciendo analogías y comparaciones con el VIH/SIDA. Analizando las respuestas sociales frente a ambas enfermedades, Catlin argumenta que el tiempo que tomó para reconocer el carácter pandémico de la segunda, así como los recursos dirigidos a su contención y tratamiento tiene que ver con la población específica a la cual afecta. Argumenta convincentemente que las pandemias se declaran cuando peligran las vidas de personas consideradas socialmente relevantes (Catlin 2021).

certidumbre ontológica (Kelly 2021; Kuri 2023), y, orientaciones emocionales (Bar-Tal, Halperin y De Rivera 2007; Patiño y Barrera 2021); los cuales, consideramos, abonan de manera productiva a la reflexión, retomando dimensiones yendo del orden social al subjetivo.

Nuestra elección responde a varios intereses: en primer lugar, la necesidad de trascender una definición epidemiológica de la pandemia retomada en gran parte de la literatura académica sobre el coronavirus, incluyendo la mayoría de las aportaciones realizadas desde las ciencias sociales (Lohse y Canali 2021).

En segundo, abordar este fenómeno desde una perspectiva que enfatice su dimensión material y no solo su carácter discursivo,⁶ dada la producción de afectaciones concretas de diverso tipo: nos centramos en la muerte como riesgo o realidad impactando sobre los cuerpos de los individuos (Missel *et al.* 2022; Perrino 2021), en las instituciones donde se reproduce la vida colectiva (Tuitjer, Müller y Tuitjer 2023) y en los ordenamientos sociales los cuales soportan las condiciones de reproducción social (McDermott 2024).

En tercero, nuestro interés particular es establecer relaciones entre el evento global de la pandemia y las experiencias subjetivas y emociones de las personas, entendiendo que la dimensión afectiva es constitutiva de las relaciones sociales y el orden que de ellas emana, de modo que analizar su papel abre un horizonte de entendimiento sobre el actuar de los individuos en momentos de contingencia (Bar-Tal, Halperin y De Rivera 2007; Poma y Gravante 2015; Patiño y Barrera 2021).

Elegimos definir la pandemia retomando la noción “evento masivo de muerte” propuesto por Yuna Han, Katharine Millar y Martin de Baily (2021), por la centralidad que otorgan a la muerte y al análisis de su impacto político, normativo y experiencial. Desde este horizonte, es posible visibilizar las formas en las cuales esta obligó a un reordenamiento del mundo, de la vida cotidiana y de las experiencias colectivas e individuales de pérdida y duelo. Consideramos que esta propuesta es original, en tanto recupera la materialidad de la muerte y sus consecuencias y evita narrativas de distanciamiento frente al sufrimiento que la pandemia implicó tanto a nivel individual como social. Fue en sus dimensiones masivas donde la mortandad cobró un sentido político capaz de obligar a los Estados a la reconfiguración del orden social y de la vida.

Para abordar el impacto a nivel subjetivo producido por los cambios organizacionales vertiginosos y las posibilidades reales de contagio y muerte, así como por los esfuerzos de producir certezas y seguridades a través de la construcción

⁶ En “La invención de una pandemia” Agamben “se apresuró a reducir la enfermedad a un mero virus semiótico a disposición de un control del Estado” (Garayalde 2020, 306) postura que concitó tanto a adeptos como a innumerables críticos por su reducción del evento a su dimensión discursiva.

de la “nueva normalidad” recuperamos los conceptos de seguridad e inseguridad/incertidumbre ontológica desarrollados en las ciencias sociales siguiendo la propuesta de Anthony Giddens. Estos resultan particularmente útiles en el análisis de la pandemia por su capacidad de trascender la dicotomía individuo/sociedad y entender la naturaleza social de las emociones y experiencias que emergieron en el contexto de esta crisis de salud (Purnell 2021).

Por último, retomamos el concepto de orientación emocional (Patiño y Barreira 2021) para abordar la eclosión de emociones compartidas, tales como la angustia, el miedo, la rabia, por mencionar algunas, por su capacidad de dar cuenta de la emergencia de patrones emotivos y de los comportamientos que derivaron de ellos. Sin negar su dimensión psicológica, visibiliza el carácter social de la producción, expresión y circulación de narrativas y discursos en los cuales se manifestaron las emociones producidas por los eventos vividos.

Un evento masivo de muerte

En cuanto a las caracterizaciones de la pandemia desde las ciencias sociales, existen actualmente algunas propuestas interesantes entre las cuales destacan: “crisis de salud pública” (Paim y Almeida 1999; Gaus 2021), “acontecimiento” (Valencia y Contreras 2020; Federico 2021), y “evento masivo de muerte” (Han *et al.* 2021; Millar *et al.* 2020). Retomamos esta última porque coincidimos con la afirmación de que “el hecho central del virus mismo es la muerte y el sufrimiento en una escala transnacional masiva... y las evaluaciones del impacto político y normativo de la pandemia deben centrarse en las experiencias individuales y colectivas de muerte, pérdida y duelo” (Han *et al.* 2021, 5).

Las autoras critican el lugar secundario otorgado a la muerte en gran parte de la literatura, privilegiando el análisis de sus causas y/o consecuencias, así como el uso de estrategias discursivas de alejamiento de la misma permitiendo evadir el dolor y sufrimiento implicados por esta. La utilización de estilos narrativos de distanciamiento de la muerte en ciencias sociales precede con mucho a la aparición del coronavirus. Tal como sostiene Himadeep Muppudi, refiriéndose específicamente al campo de las relaciones internacionales, pero generalizable a estas disciplinas, el lenguaje académico utiliza “una estética del rigor, la precisión y la objetividad” despojando a la muerte de su naturaleza trágica y desagradable” (Muppudi 2012, 6).

En cuanto a las aportaciones desde las ciencias sociales sobre la COVID-19, Han, Millar y Bayly (2021) han ubicado dos grandes líneas de discusión donde, independientemente de sus diferencias, se implementan estas estrategias de evasión. La primera se compone de trabajos de carácter Estado-centrista en donde la alta mortalidad se considera un problema en cuanto a los desafíos impuestos por la legiti-

midad y mantenimiento del poder y el ordenamiento político tanto a nivel nacional (Estados/gobiernos) como internacional (Millar *et al.* 2020, Crabtree *et al.* 2020). En estos abordajes, la muerte importa únicamente en tanto acumulado susceptible de afectar la estabilidad de la sociedad y la permanencia de las élites políticas.

La segunda línea de indagación estudia los efectos de la pandemia sobre problemáticas político-económicas preexistentes y su impacto en otros objetivos y valores políticos, tales como el desarrollo económico, las libertades civiles y los derechos humanos. Ejemplo de ello es la amplia discusión en la literatura alrededor de si las estrategias de afrontamiento implementadas por los gobiernos para reducir los índices de contagio y defunción constituyeron una violación de las libertades fundamentales, así como su papel en la discriminación de los grupos minoritarios y la militarización de las fronteras (Forester y O'Brien 2020; Regilme 2023). Destacan también reflexiones explicando la emergencia y propagación del virus en seres humanos como resultado de la sobreexplotación de la naturaleza propia del neoliberalismo (Barnett 2020; Osorio *et al.* 2020; Razo 2021). En ambos casos, el carácter trágico de la muerte se desplaza, colocando en el centro otras preocupaciones, también muy legítimas; asimismo, se implementa un lenguaje académico neutro que protege de la naturaleza desagradable y dolorosa de la misma.

A estos abordajes añadimos una tercera estrategia de distanciamiento: la representación numérica de la muerte a través de la estadística como una forma, la cual, a un mismo tiempo, permite hablar de ella e invisibilizar las dimensiones trágicas que supone para las personas y las comunidades. Si bien el uso de la estadística en salud es de larga data, su centralidad como herramienta de análisis epidemiológico a nivel mundial inicia a mediados del siglo pasado, impulsada en gran medida por la OMS (Sagaró del Campo y Zamora 2019; Boerma y Mathers 2015). Para los años 90, había adquirido un papel inédito como insumo privilegiado para el diseño de las políticas públicas, incluyendo las políticas en salud y la construcción de una medicina basada en la evidencia (Lohse y Canali 2021).

Su éxito descansa en buena medida en la premisa de acceder a través de las cifras a una descripción científica y confiable del mundo, un reflejo verdadero de los fenómenos, el cual permite establecer causalidades, monitorear eventos de salud, comprender su funcionamiento, planear acciones, entre otros. Por ello, no sorprende haber utilizado desde el inicio de la pandemia datos estadísticos para dar cuenta de los estragos y magnitud del contagio y defunciones por y en relación con la COVID-19, a nivel nacional e internacional, y ser estos utilizados como información fundamental en la toma de decisiones ligadas a los tiempos y tipos de estrategias de contención implementados (Zurriaga-Carda, Aginagalde y Álvarez-Vaca 2022).

Sin desconocer su utilidad, el abordaje estadístico de la enfermedad también ha sido fuente de múltiples críticas; a continuación mencionamos algunas consi-

deradas por nosotras como fundamentales para el análisis de la pandemia por Sars-Cov-2. El reconocimiento de que tras la apariencia de objetividad y neutralidad de las cifras se invisibilizan todo tipo de sesgos producto de: 1) lo considerado importante o no para medir y las formas de recabar la información (Butler 2022); 2) una “mirada numérica” colonial y racializada (Muppudi 2012). El carácter abstracto de las cifras permite la despersonalización de la muerte, la hace menos escandalosa, particularmente si esta ocurre en el Sur Global (Muppudi 2012; Maldonado-Torres 2007). 3) El ocultamiento de las importantes desigualdades sociales y económicas exacerbadas durante este evento masivo de muerte (Gandarilla y García 2021; Corredor y Morris 2020). En el contexto de la pandemia de coronavirus se agravaron las desigualdades preexistentes y se crearon nuevas vulnerabilidades, “irónicamente, esta circunstancia se debe tanto a la actuación de las autoridades gubernamentales y de salud pública como a la propia enfermedad” (Kelly 2021, 613-614).⁷

Estas “retóricas de la cuantificación” realizan una operación paradójica dado que al mismo tiempo que se habla de la muerte, generan una distancia y un entumecimiento frente a la misma; porcentajes, cifras absolutas o relativas, índices, entre otras cuestiones, son expresiones de un lenguaje matemático pretendiendo proteger de la devastación que esta implica a través de la invisibilización del sufrimiento y del duelo que significa para las personas, y sus comunidades, la pérdida de sus seres queridos.⁸

7 Las poblaciones más afectadas por el COVID-19 fueron los hombres en edad adulta y en la vejez, lo cual sugiere una exposición al riesgo y dificultades en la estrategia de confinamiento. Las mujeres también murieron, pero, asimismo, al interior del hogar se expresaron viejas y nuevas condiciones de vulnerabilidad. Los datos con una visión interseccional permiten observar una masculinidad expuesta a mandatos patriarcales, los cuales vinculan los privilegios y la desigualdad, ensanchando la brecha entre hombres y mujeres (Montes de Oca *et al.* 2021, 86). La intersección del género, junto con otras dimensiones de desigualdad estructural agudizan el impacto negativo de la crisis, afectando a grupos de mayor vulnerabilidad como las mujeres migrantes, las trabajadoras domésticas, las mujeres en situación de privación de la libertad, la comunidad LGBTIQ+, personas indígenas, de zonas rurales y periferias urbanas. Las personas que habitan zonas periféricas y que tienen dificultades para el acceso a los servicios no tuvieron la posibilidad de un aislamiento seguro y digno debido a no contar con servicios básicos como agua potable, seguridad alimentaria y/o habitacional y posibilidades de un empleo bien remunerado (Villordo 2020).

8 Este “silencio” sobre el carácter trágico de la muerte se registró no solo en los textos académicos sino también en los discursos de la mayoría de los líderes políticos. Si bien en el caso de los primeros esta invisibilización deviene de los abordajes analíticos discutidos anteriormente, en los discursos gubernamentales el distanciamiento tuvo, y sigue teniendo, una finalidad estratégica. Los gobiernos evitaron lo más posible hacer referencia a las pérdidas y al sufrimiento humano dado que en buena medida estas resultaron de la falta de planeación y el desmantelamiento de la mayoría de los sistemas públicos de salud (véase, para América Latina: Teléboin, Iturrieta y Schor-Landman (2021)). Asimismo, procuran

Frente a estas estrategias narrativas, recuperar la definición de evento masivo de muerte permite enfatizar tanto la pérdida individual, propia del ámbito de lo privado, como la colectiva. Como experiencia cuya afectación se dio a nivel societal, las muertes produjeron “vacíos” y rupturas en el tejido social cuyas consecuencias son difíciles de vislumbrar dado haberse manifestado como un “no existir más”, lo cual, en muchos casos, sobre todo en ámbitos urbanos con altas concentraciones de población, solo deja rastros (Contreras 2023). Ello nos obliga a reflexionar profundamente sobre las implicaciones de este evento masivo de muerte en todos los niveles (Millar *et al.* 2020)

La muerte como categoría analítica

Para contrarrestar el distanciamiento frente a la muerte es necesario recuperarla como categoría analítica, manteniendo su centralidad en relación con todas las problemáticas a investigar; es decir, partir de la letalidad del coronavirus como el elemento explicativo de las dimensiones políticas de las acciones y las experiencias individuales y colectivas derivadas de ello. La muerte masiva fue la expresión concreta y específica de este evento, el cual, a diferencia de otras crisis de salud, obligó a los Estados a implementar cambios vertiginosos en el orden social afectando profundamente la vida cotidiana (Han *et al.* 2021).

El siguiente paso es comprender las características específicas revestidas por la muerte por coronavirus en virtud de su acontecer y significación. “La configuración que la muerte adquiere se diversifica, ampliamente, a partir de categorías que ponderan aspectos diversos. Ya sea por su origen y causas, por su desenlace, por el impacto o las expectativas que genera, por lo que se quiere mostrar u ocultar, por las condiciones de espacio y tiempo, por las circunstancias, por quién la ejecuta, por cómo sucede, entre otros criterios” (Latini 2021, 381).

Los eventos masivos de muerte acontecidos a lo largo de la historia se distinguen por las formas de morir que los constituyen. Existen aquellos, los cuales, aunque trágicos, pueden ser conmemorados y consagrarse en la memoria colectiva. Por ejemplo, las muertes producto de conflictos bélicos suelen ser significadas como heroicas, mientras que las resultantes de desastres naturales, fuera del control humano, son asumidas como inevitables y por tanto son susceptibles de ser honradas.

ocultar que las consecuencias negativas de las estrategias de contención implementadas se repartieron de manera inequitativa. Por ello, no resulta extraño que los discursos gubernamentales sistemáticamente evadan reflexiones profundas sobre la muerte en un contexto en el cual se evidenció el lugar secundario otorgado al valor de la vida humana frente a otras prioridades, primordialmente las económicas.

Sin embargo, las defunciones producidas por y en la pandemia de la COVID-19 presentan características que dificultaron su afrontamiento tanto material como simbólico por parte de las comunidades y las personas (Albuquerque, Teixeira y Rocha 2021). La falta de preparación y lentitud de la respuesta por parte de los gobiernos, las deficiencias de los sistemas de salud, las formas dolorosas de morir, el alejamiento de la familia, el tratamiento de los cadáveres y la distribución desigual de los contagios y defunciones entre los sectores sociales no permitieron que las muertes por SARS-CoV-2 fueran significadas como buenas muertes (Mercadal-Sánchez *et al.* 2023).

Concordamos con Han, Millar y Bayly (2021), en que los conceptos “mala muerte”, “muerte de mala calidad”, y, “pérdida y muerte ambigua”, propuestos por los abordajes críticos en relaciones internacionales, antropología y sociología, resultan particularmente útiles para explicar las formas en las cuales se transgredió el canon tradicional de la muerte en esta pandemia.

Los términos “mala muerte” o “muertes de mala calidad” se utilizan para hablar de muertes violentas, sospechosas, disruptivas, marcadas por el malestar físico y la angustia psicológica, y la incapacidad de decidir y/o aquellas en las cuales el tratamiento del cuerpo se considera inadecuado e indigno y en consecuencia, por lo mismo, no pueden enfrentarse a través de las prácticas prescritas. “Una mala muerte puede entonces hacer referencia tanto al deceso, como al tratamiento del cadáver (o a la ausencia de este) y a la práctica ritual en general. Evoca también la idea de una o un muerto que partió en dolorosas condiciones y continúa sufriendo” (Panizo y Azevedo 2021, 55). Por lo general, las muertes “malas” son difíciles de lamentar; desafían las nociones de una muerte idealizada, indolora y digna, impiden a los familiares poder despedirse y crean la sensación de haber sido muertes injustas y evitables (Albuquerque *et al.* 2021).

Por su parte, los términos “pérdida y muerte ambigua” suelen aplicarse a situaciones en donde las defunciones no son fáciles de registrar, las razones de la muerte no son claras, existen problemas con el manejo de los cuerpos o simplemente estos no aparecen. Las muertes ambiguas dificultan la comprensión y la realización de un duelo, el cual permita a las personas y a las colectividades tramar el evento traumático. Esta ambigüedad es una forma de daño continuo yendo más allá de la experiencia individual del trauma (Serrano 2020; Panizo y Robin 2021).

Los términos “mala muerte” y “muerte ambigua” se han utilizado para nombrar las defunciones por coronavirus dada la falta de claridad, el aislamiento de los enfermos, el desconocimiento de su situación en el espacio hospitalario e incluso la duda de si los restos son los de los familiares y amigos (Hernández-Fernández y Meneses-Falcón 2021). Asimismo, la incapacidad de tratar los cuerpos y llevar a cabo los ritos funerarios tradicionales para despedir a los difuntos re-

sultaron en experiencias generalizadas de “pérdida ambigua” (Boss 2021; Horton 2024).

Si bien todas las muertes pueden alterar el orden social al poner de manifiesto las limitaciones de las instituciones estatales y las élites políticas para proporcionar seguridad a los miembros de la sociedad, esto es especialmente cierto en el caso de las muertes cuando estas no se ajustan a las prácticas y estrategias sociales ampliamente aceptadas. A diferencia de otras muertes, las cuales pueden calificarse de consecuencias aceptables o inevitables, la pandemia de la COVID-19 fue un acontecimiento de muerte masiva desafiante de las narrativas existentes, pues evidenció con toda crudeza la falta de recursos sociales invertidos a nivel mundial por parte de los Estados y las desigualdades radicales en torno a la valoración de la vida humana (Hardoš y Mad'arová 2021).

Seguridad/inseguridad ontológica

Las nociones de seguridad ontológica y su opuesto, inseguridad/incertidumbre ontológica, son conceptos bisagra, los cuales permiten analizar el engarce entre los acontecimientos ocurridos a nivel societal y las sensaciones subjetivas producidas por estos en las personas. En el caso de la pandemia, han sido utilizados para tejer puentes entre la disruptión ocasionada por el evento masivo de muerte y las subjetividades, experiencias y afectos a nivel individual y comunitario (Herrera y Rico 2021; Purnell 2021). Consideramos ambos términos necesarios, dado que durante esta crisis de salud se registraron procesos simultáneos de desarticulación del orden social establecido y rearticulación de un orden emergente denominado “nueva normalidad”,⁹ los cuales produjeron serias afectaciones subjetivas.

Por seguridad ontológica entendemos la forma en la cual tanto la organización de la sociedad como la sensación de seguridad que sienten las personas depende en gran medida de “la certeza subjetiva de que los mundos físico y social son lo que parecen ser y que seguirán así; lo que vive un agente hoy podrá ser

⁹ En México, las medidas de contingencia comenzaron el 23 de marzo de 2020 con la Jornada Nacional de Sana Distancia, donde se instauraron: 1) medidas básicas de prevención; 2) suspensión temporal de actividades no esenciales; 3) reprogramación de eventos de concentración masiva; 4) protección y cuidado de las personas adultas mayores (Secretaría de Salud 2020). El primero de junio se decretó la “nueva normalidad” y el uso del semáforo epidemiológico, el cual establecía la apertura y cierre de distintas actividades en relación con el porcentaje de ocupación hospitalaria por la COVID-19. Se enlistaron las actividades consideradas esenciales, las cuales funcionaron a lo largo de toda la pandemia, específicamente las de salud pública y trabajo. El 26 de abril de 2022, dejó de aplicarse el semáforo epidemiológico. https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/541687/Jornada_Nacional_de_Sana_Distancia.pdf.

vivido de forma similar mañana, por lo que puede ligar la experiencia del pasado con las expectativas del futuro" (Gaitán 2015, 6). De esta se desprende la confianza que las personas tienen en la continuidad de su autoidentidad, su "ser en el mundo", más como proceso emocional que cognitivo, así como la certidumbre en la estabilidad de los entornos sociales y materiales. La sensación de tener el mundo una regularidad y estabilidad y por lo mismo ser seguro, permite dotar de sentido la existencia y desenvolverse cotidianamente con cierta tranquilidad (Kelly 2021).

Es fundamental entender que si bien la seguridad ontológica hace referencia a una percepción, esta deviene de las condiciones materiales de la existencia y de las posibilidades reales de las colectividades e individuos de sortear con éxito las vicisitudes de la vida diaria. Por tanto, la sensación de certidumbre y maestría sobre el mundo depende en gran medida de la estabilidad del orden social en el cual las personas se desenvuelven.

Desde esta perspectiva, la sociedad se muestra como producto de prácticas recursivas estructuradas en un espacio y tiempo determinado, mediante interacciones diversas y rutinas de encuentros sociales, producida y reproducida mediante la acción humana; la seguridad ontológica incide en los sujetos y, a través de sus prácticas recurrentes, en el orden social. Tanto para Shutz como para Giddens:

[...] los actores emplean esquemas generalizados (fórmulas) en el curso de sus actividades diarias para resolver según rutinas las situaciones de la vida social [...] ese entender no especifica (ni podría hacerlo) todas las situaciones con las que un actor se puede encontrar; más bien proporciona la aptitud generalizada de responder a un espectro indeterminado de circunstancias sociales y de influir sobre este. (Giddens 2003, 58)

Lo que permite a las personas responder de manera adecuada o razonable es su inclusión en un horizonte compartido de la realidad, misma que tiene la calidad de ser anticipada, fiable, sólida y producida y reproducida mediante la interacción social (Giddens 1999, 44). En síntesis, la confianza radica en gran medida en la recurrencia de prácticas sociales fuertemente enraizadas, lo cual, a su vez, permite la actualización permanente de los distintos sistemas que conforman la sociedad.

Sin embargo, la seguridad ontológica puede verse profundamente afectada por la emergencia de una crisis en la cual el orden social se ve radicalmente transformado, se desarticulan prácticas fuertemente arraigadas y dejan de funcionar las normas y rutinas, las cuales comúnmente se utilizan para desenvolverse en el mundo y resolver problemas. Para dar cuenta de estos momentos resultan particularmente útiles los conceptos de inseguridad/incertidumbre ontológica para

referirse a situaciones en las cuales, de manera profunda, “se desestabilizan y cuestionan las visiones del mundo, las rutinas y las concepciones básicas de la personalidad y, no menos importante, las nociones de confianza de la sociedad” (Browning 2018, 337). El caos producido por cambios en la estructura social implica no solo la desorganización del sistema, sino la pérdida de sentido de la realidad de las cosas y las personas (Giddens 1999) como resultado de los cambios registrados en la reproducción de las reglas y las prácticas institucionalizadas, que son aquellas “prácticas sedimentadas a la mayor profundidad en un espacio-tiempo” (Giddens 2003, 58).

Aplicados a la pandemia, estos posibilitan el análisis de los efectos de la pérdida de la predictibilidad de la realidad cotidiana, de prácticas y de sentido, el desconcierto producido por la emergencia del virus y los cambios introducidos por las estrategias de contención (Kelly 2021).¹⁰ La inseguridad/incertidumbre ontológica permite analizar cómo es que los procesos de desestructuración en la pandemia se tradujeron en sentimientos de miedo, angustia y rabia generalizados como resultado de la imbricación entre la dimensión subjetiva y las estructuras: la articulación entre la ruptura de la normalidad a nivel global producto del evento masivo de muerte, los cambios específicos a nivel local introducidos por las estrategias de afrontamiento (Wright, Haastrup y Guerrina 2021).

En este tenor, argumentamos que la pandemia se puede analizar como un fenómeno configurándose a través de un doble movimiento simultáneo: por un lado, se desarticularon prácticas históricamente afianzadas que dotaban de sentido tanto al orden social como a las personas (Purnell 2021). Por otro, rápidamente se reconfiguraron nuevas significaciones, formas de actuar y de reorganización de los espacios público y privado. A este orden emergente se le denominó “nueva normalidad”.

El primer movimiento supuso alteraciones, las cuales fueron más drásticas de lo que en el momento pudo concebirse en las crónicas de los acontecimientos inundando la opinión pública en varios rincones del planeta, y trayendo consigo una serie de modificaciones en el ritmo de vida y de las prácticas sociales e individuales. La velocidad de propagación y la alta letalidad del coronavirus fue tal que Alexander y Smith caracterizan la pandemia como un “*shock* exógeno no anticipado” (2020, 263), el cual reverberó desde los sistemas amplios, a nivel global, regional y local, hasta las subjetividades individuales. Las estrategias comúnmente utilizadas para mantener el equilibrio social dejaron de funcionar y generaron la ruptura de ensamblajes históricamente establecidos, los cuales evidenciaron claramente todas las fisuras y desigualdades existentes:

10 Para el caso de México, algunos trabajos utilizando el concepto de seguridad ontológica son: González (2020 y 2021); Tufte (2023); Kuri Pineda (2023a y b).

La COVID-19 resultó ser lo que coloquialmente llamamos la gota que derramó el vaso o, dicho en términos de dinámica de sistemas, lo que empujó a nuestros sistemas sociales por encima de un punto de inflexión. Cuando un sistema se vuelca repentinamente, los vínculos entre la mayoría de sus agentes se rompen y se produce una situación caótica. Los estados caóticos conllevan un alto grado de incertidumbre, se trata de un estado en el que las intervenciones previamente probadas ya no logran mantener el *statu quo*. (Sturmberg y Martin 2020, 1361)

En la mayoría de los países, las actividades realizadas en el espacio público se redujeron drásticamente. Las personas fueron conminadas u obligadas (según las estrategias implementadas por los distintos gobiernos) a replegarse al espacio privado, particularmente en la medida que los estragos de la enfermedad se iban haciendo evidentes. Actividades sociales fundamentales se trasladaron al espacio privado y como resultado para una parte importante de la población, este ámbito se volvió el *locus* de sus ocupaciones —laborales, educativas, domésticas, de socialización, etc.— convirtiéndose en un espacio sobresaturado donde se traslaparon tiempos y tareas (Gaytán 2020; Villa *et al.* 2020). Sumado a todo lo anterior, muchos se vieron en la necesidad de gestionar el contagio de sus familiares y amigos e incluso el propio, así como sobrellevar la muerte de personas cercanas a quienes no les fue posible despedir de la forma acostumbrada (Hamid y Jahangir 2020). Por su parte, aquellos obligados a seguir transitando por el espacio público fuera porque realizaban labores esenciales, no podían permanecer en el hogar por razones económicas o se encontraban en situación de migración o calle, se vieron más expuestos al contagio (Corredor y Morris 2020; Pérez 2021).

El desconocimiento de las formas de propagación del virus, acompañado de la emergencia de distintas voces con mensajes contradictorios afirmando experiencia en la materia, obligaron a mantener una actitud de constante sospecha, introducir adecuaciones sobre la marcha y realizar una vigilancia sobre sí y otros, al tiempo de irse procesando las múltiples pérdidas (Aleixandre, Castellón y Valderrama 2020). Los comportamientos, subjetividades y afectos de las personas tuvieron que irse adaptando conforme avanzó el conocimiento sobre las características, transmisión y tratamientos de la enfermedad. Todo ello contribuyó a la emergencia de una profunda inseguridad e incertidumbre ontológica experimentada colectivamente.

El segundo movimiento fue más difícil de observar durante la crisis, se trató del esfuerzo de reconstrucción de la seguridad ontológica a través de la producción de la llamada “nueva normalidad”. Esta supuso la introducción de normas, prácticas y sentidos emergentes y propicios para establecer un orden social con el cual se generó cierta estabilidad. La distancia con la cual ahora podemos ob-

servar el fenómeno muestra la velocidad de la reorganización de la vida social e individual.

La COVID-19 generó muy rápidamente un conjunto de:

[...] representaciones colectivas estables y se convirtió así en “pensable”, las primeras semanas y meses fueron una notable demostración de la capacidad de la sociedad para el bricolaje a alta velocidad, a medida que las estructuras familiares de significado (narrativas, iconografía, género, códigos binarios) y las prácticas significativas (rituales colectivos, rituales de interacción y actuaciones) se atornillaban y pegaban de nuevas maneras. (Alexander y Smith 2020, 256)

El concepto de seguridad ontológica permite analizar esta emergencia de nuevos ordenamientos sociales, estrategias de sobrevivencia, reglas y rutinas con las cuales los gobiernos, las colectividades y las personas dotaron a la sociedad de un cierto nivel de estabilidad permitiéndoles enfrentar el temor producido por estas transformaciones. En tiempos de crisis, las rutinas, por pequeñas y triviales que parezcan, devienen profundamente significativas en la reafirmación de identidades y valores que constituyen a las personas y sociedades (Browning 2018).

Las nuevas reglas dirigidas a la contención de la enfermedad durante la cuarentena, primero por medios electrónicos y posteriormente respetando el uso de cubrebocas y la “sana distancia”, definieron las cualidades articuladoras de encuentros sociales, procedimientos, tácticas y técnicas de la vida cotidiana. Su importancia radicó no solo en su valor para mitigar el contagio sino también en su contribución para reconstruir la seguridad ontológica.

Consideramos que los conceptos de seguridad e inseguridad/incertidumbre ontológica contribuyen al análisis de las formas en las cuales se fueron entretejiendo los movimientos simultáneos de disolución y de rearticulación del orden social en los contextos específicos, así como las fluctuaciones en las percepciones y las subjetividades de las personas y colectivos. Sin embargo, para lograr una buena comprensión de la pandemia es necesario reconocer que sus consecuencias nocivas se distribuyeron de manera inequitativa entre los diferentes grupos sociales a nivel mundial, nacional y local.

A continuación, reflexionamos sobre cómo la inseguridad/incertidumbre ontológica impactó en la subjetividad, en particular en las emociones de las personas y comunidades. Retomando a Giddens (1999), sostenemos que transformaciones radicales en los ámbitos público y privado explican la emergencia de fuertes sentimientos compartidos de angustia, miedo, rabia o ansiedad existencial. Consideramos que el concepto de orientaciones emocionales proporciona claves importantes para explicar la naturaleza social de las emociones experimentadas.

Emociones y transformaciones radicales

El reconocimiento de la dimensión afectiva de la pandemia y la preocupación de que esta se tradujera en pánico o expresiones de desaliento estuvo presente desde el momento en el cual se calificó al fenómeno como tal. En la alocución del Director General de la OMS, explícitamente se reconoció que “Pandemia no es una palabra que deba utilizarse a la ligera o de forma imprudente. Es una palabra que, usada de forma inadecuada, puede provocar un miedo irracional o dar pie a la idea injustificada de que la lucha ha terminado, y causar como resultado sufrimientos y muertes innecesarias” (OMS 2020). Las transformaciones radicales en la organización social, las cuales se dieron durante 2020 y 2021, se vieron acompañadas de experiencias cargadas de una fuerte emocionalidad. De ello dan cuenta múltiples investigaciones, en su mayoría realizadas desde la psicología, las cuales recuperan las emociones experimentadas por las personas, predominando entre ellas el miedo, la tristeza, el enojo y la incertidumbre (Brooks *et al.* 2020; Wang *et al.* 2020; Inchausti *et al.* 2020; Duan y Zhu 2020).

La existencia de emociones ampliamente compartidas por la población, y su articulación en torno a ellas, es indicativo de su carácter de fenómenos sociales. Consideramos que ello nos permite explicar la relación dialéctica, la cual se establece entre las subjetividades, los acontecimientos y los significados y las estructuras sociales. En este sentido, ubicamos haberse experimentado en los grupos sociales, además de emociones individuales producto de un evento específico como el temor al contagio y la muerte, un tipo de sensibilidad colectiva la cual se manifestó en espacios sociales en los cuales se nombraron las inseguridades, sufrimientos, dolores y desconciertos (Lwin *et al.* 2020). Estos, como afectaciones manifiestas en el cuerpo, dieron cuenta, al mismo tiempo, de estados emocionales adversos, como el miedo, la inquietud, la incertidumbre, la angustia o el enojo; pero también de la solidaridad y la esperanza para hacer frente a las dificultades (Fernández- Salvador y Hill 2024).

La idea de emoción compartida hace referencia a una emoción experimentada por un número amplio de personas; es decir, no se trata de la suma de las emociones individuales sino que representa las cualidades holísticas de los diferentes colectivos (Bar-Tal, Halperin y De Rivera 2007). Una sociedad puede caracterizarse por la sensibilización, identificación y expresión de emociones particulares por lo cual hacemos uso del concepto de orientación emocional colectiva para entender que el contexto emocional es orientador y parte de la evaluación hecha por las personas en colectivo sobre un evento importante, en este caso un evento masivo de muerte.

Esta orientación emocional colectiva se integra tanto por los componentes socializadores de la emoción, como por elementos de las creencias populares, la psicología, etc. El concepto nos permite analizar cómo la orientación emocional se articuló con las creencias y las narrativas producidas, con el repertorio de ac-

ciones y soluciones y con las normas implementadas. Esta orientación ejerció su influencia sobre la población llevándola a responder de cierta manera ante la pandemia, produciendo cambios en su organización y formas de pensar, actuar y sentir (Patiño y Barrera 2021).

En medio de la inseguridad/incertidumbre ontológica provocada por el virus, retomar el concepto de orientación emocional compartida nos permite entender el trabajo emocional colectivo realizado cotidianamente para manejar las propias emociones, conservar el grupo y realizar las tareas cotidianas (Poma y Gavante 2015). A ello se sumaron las tareas de asimilación y contención emocional ante las grandes transformaciones acontecidas.

En ese sentido, la producción de la “nueva normalidad” se definió a partir de la idea de deber establecerse una nueva forma de organización, la cual contemplara las medidas de seguridad. En esta, el cuerpo y las emociones aparecieron situados y conectados en la trama de la vida cotidiana, en donde la defensa de las prácticas llevadas a cabo (como trabajar, estudiar, hacer una vida “normal”) se relacionaron con las prácticas para cuidar y cuidarse, sanar, recuperar y reapropiarse del cuerpo, al mismo tiempo que se tejían nuevas estrategias, tanto cognitivas como emocionales, para lidiar con el contagio, la muerte, la pérdida y la incertidumbre (Garduño, Gómez y Ramírez 2020).

Analizar esta experiencia colectiva desde una perspectiva encarnada permite explicar cómo es que las personas establecieron reglas, colectividades, lazos y nuevas prácticas, permitiéndoles, entre otras cosas, la supervivencia, el desarrollo de habilidades emocionales y de capacidades orientadas en una acción colectiva, necesaria en el contexto de la pandemia (Purnell 2021). A partir de la instauración de rituales emergentes, de encuentros virtuales y de nuevas formas de organizar las emociones identificándolas como comunes, las personas y los grupos se articularon en comunidades emocionales, las cuales permitieron y reprodujeron la solidaridad y reciprocidad a corto y mediano plazo, las estrategias de prevención y cuidado, el manejo de la angustia y el restablecimiento de la seguridad a través de nuevas prácticas de corte comunitario (Ospina 2023; Del Bono, Otero y Rojas 2021).

Esta orientación emocional colectiva en contextos de angustia o estrés, como lo fue el experimentado, permite la puesta a disposición de una serie de señales, las cuales evocan una emoción particular, mismas que circulan por canales de comunicación y en procesos sociales de manera que pueden generalizarse. Por ejemplo, en los planes implementados para establecer la “nueva normalidad”, en las noticias y conferencias de prensa encargadas de dar datos y cifras sobre el avance de la pandemia¹¹ o en el ritual diario del aplauso al personal de salud

11 En el caso de México, el Informe Diario sobre Coronavirus en México emitido por el Dr. Hugo López Gatell, subsecretario de Prevención y Promoción de la Salud, en Palacio Nacio-

como reconocimiento a su entrega y valentía, surgido de manera espontánea en muchos países, incluido México. Este coexistió con ataques dirigidos a las mismas personas en las vías públicas o en las viviendas como resultado del miedo al contagio. Ambas prácticas emergieron y dieron cuenta de emociones compartidas durante la crisis de salud.

Un elemento fundamental distintivo de este evento de salud frente a pandemias anteriores fue el papel de los medios de comunicación y de las redes sociales a nivel mundial, los cuales, por su velocidad y extensión coadyuvaron a la expresión de emociones y afectos facilitando la creación y diseminación inédita de orientaciones emocionales colectivas. Estas influenciaron prácticas y generaron significaciones nuevas, permitieron expresar y procesar temores producto de la ruptura de la seguridad ontológica y el miedo al contagio y a la muerte masiva.

Reflexiones finales

Si bien la pandemia por la COVID-19 no es el primer evento masivo de muerte ligado a un virus, ni tampoco el que más decesos ha producido, la emergencia del virus en un mundo altamente globalizado, signado por vías de comunicación tanto físicas como virtuales produjo una pandemia de alcances mundiales. El SARS-CoV-2 cruzó fronteras y fue cobrando víctimas a gran velocidad, implicó a instituciones nacionales e internacionales, obligó a la toma de acciones que afectaron de manera drástica el orden social y la vida cotidiana a lo largo y ancho del planeta y produjo fuertes experiencias y orientaciones emocionales globalmente compartidas en tiempo real a través de todo tipo de medios de comunicación (Botero-Rodríguez *et al.* 2023)

En este texto, reflexionamos en torno a tres conceptos de las ciencias sociales, los cuales, en su articulación, permiten un análisis integral de las dimensiones del orden social con la subjetividad de las personas en el contexto de esta crisis de salud pública. Pertenece a un amplio repertorio teórico y metodológico con el cual se ha reflexionado sobre el fenómeno. Sin duda, este ámbito del conocimiento cuenta con un gran poder explicativo, el cual puede y debe ser utilizado para pensar situaciones inéditas como las producidas por la aparición del coronavirus. Consideramos fundamental profundizar el análisis desde estas perspectivas tanto para dar cuenta de lo acontecido como para producir insumos para el diseño de agendas y políticas públicas en salud con las cuales enfrentar posibles pandemias a futuro.

Partimos del argumento de la necesidad de contar con un concepto de pandemia construido desde esta perspectiva, el cual visibilice las dimensiones so-

nal, sirvió como un medio de contención emocional a través de la difusión de información oficial.

ciales y políticas del mismo; entre las opciones elegimos el de “evento masivo de muerte” porque encara directamente el fenómeno de la muerte y pone el acento en la pérdida y el duelo sufrido por millones de seres humanos. La muerte como categoría central articula todos los otros conceptos al ser la causa de las transformaciones efectuadas a nivel societal, mismas que afectaron la sensación de predictibilidad del mundo. Consideramos dar cuenta los conceptos de seguridad e inseguridad/incertidumbre ontológica de la articulación entre las transformaciones del orden social y la subjetividad de los individuos. Trabajar este engarce ilumina sobre dichas percepciones como consecuencia de pérdidas materiales y simbólicas reales, las cuales generan emociones en las personas.

Por último, la noción de orientación emocional da cuenta de cómo estos eventos produjeron estilos emocionales socialmente compartidos. Ello permite abordar la experiencia emocional como un fenómeno de la sociabilidad, orientador y evaluador de la conducta, tanto en el nivel de la experiencia subjetiva como en el nivel de la acción grupal y social.

Sin embargo, estos conceptos solo devienen útiles si hay una recuperación de las especificidades que arroje una lectura pormenorizada, historizada y concreta de las configuraciones locales del evento de cada contexto. Consideramos fundamental incorporar las diferencias situadas entre norte y sur global, así como tomar en cuenta las inequidades sociales en la distribución desigual de todo tipo de pérdidas, mismas que dan cuenta del valor diferencial de la vida humana. Es necesario reconstruir los rasgos distintivos del evento de mortandad en cada lugar específico, cómo estos se comparan con las tendencias generales y cómo se distribuyen entre los distintos grupos sociales, reconocer cuáles inseguridades/incertidumbres ontológicas se generaron y cuáles prácticas concretas se utilizaron para producir certidumbre; por último, pensar las particularidades de las orientaciones emocionales resultantes de ellas.

Hechas estas consideraciones, solo queda recalcar que las ciencias sociales tienen mucho por aportar a la comprensión de la pandemia, estos conocimientos deben ser incorporados a las agendas y políticas públicas en salud con miras a encarar eventos futuros de manera solvente y con un verdadero respeto a todas las vidas humanas. **ID**

Referencias

- Afsahi, Afsoun, Emily Beausoleil, Rikki Dean, Selen A. Ercan y Jean Paul Gagnon. 2020. Democracy in a global emergency: five lessons from the COVID-19 Pandemic. *Democratic Theory*, 7(2): V-XIX.
- Albuquerque, Sara, Ana Margarida Teixeira y José Carlos Rocha. 2021. COVID-19 and disenfranchised grief. *Frontiers in Psychiatry*, 12.

- Aleixandre, Rafael, Lourdes Castelló y Juan Carlos Valderrama. 2020. Información y comunicación durante los primeros meses de COVID-19. Infodemia, desinformación y papel de los profesionales de la información. *Profesional de la información*, 29(4).
- Alexander, Jeffrey y Philip Smith. 2020. COVID-19 and symbolic action: global pandemic as code, narrative, and cultural performance. *American Journal of Cultural Sociology*, 8: 263-269.
- Bar-Tal, Daniel, Eran Halperin y Joseph de Rivera. 2007. Collective emotions in conflict situations: societal implications. *Journal of Social Issues*, 63(2): 441-460.
- Barnett, Michael. 2020. COVID-19 and the sacrificial international order. *International Organization*, 74(1): 128-147.
- Boerma, Ties y Colin D. Mathers. 2015. The World Health Organization and global health estimates: improving collaboration and capacity. *BMC Medicine*, 13: 1-4.
- Boss, Pauline. 2021. *The myth of closure: ambiguous loss in a time of pandemic and change*. Nueva York: WW Norton & Company.
- Botero, Felipe, Melizza Mosquera, Liz M. Martínez, Santiago Bolívar, Gabriela Jovel, Laura Vargas, Oscar H. Franco y Carlos Gómez. 2023. Análisis de percepciones y repercusiones emocionales en usuarios de Twitter en Colombia durante la pandemia de COVID-19. *Revista Colombiana de Psiquiatría* (RCP), 52(3): 206-212.
- Bravo Villa, Ninosca, Juan Guillermo Mansilla y Alex Véliz. 2020. Teletrabajo y agobio laboral del profesorado en tiempos de COVID-19. *Medisur*, 18(5): 998-1008.
- Brooks, Samantha, Rebecca Webster, Louise Smith, Lisa Woodland, Simon Wessely, Neil Greenberg y Gideon J. Rubin. 2020. The psychological impact of quarantine and how to reduce it: rapid review of the evidence. *Lancet*, 395(10227): 912-920.
- Browning, Christopher. 2018. "Brexit." Existential anxiety and ontological (in)security. *European Security*, 27(3): 336-355.
- Butler, Judith. 2022. *What world is this? A pandemic phenomenology*. Nueva York: Columbia University Press.
- Carvalho de Noronha, José Leonardo Castro, Gustavo Souto de Noronha y Ana Maria Costa. 2021. A humanidade na encruzilhada: a luta contra a barbárie no pós-COVID – Reflexões desde o Brasil. En Tetelboin, Carolina, Daisy Iturrieta y Clara Schor-Landman (eds.), *América Latina: sociedad, política y salud en tiempos de pandemias*. Valparaíso: Universidad de Valparaíso.
- Catlin, Jonathon. 2021. When does an epidemic become a 'crisis'? Analogies between COVID-19 and HIV/AIDS in American public memory. *Memory Studies*, 14(6): 1445-1474.

- Contreras, Miguel Ángel. 2023. *Los laberintos de la pandemia. Depredación, razón científica y laboratorio colectivo*. Madrid: Sequitur.
- Corredor, Jessica y Meghan L. Morris. 2020. *La desigualdad pandémica. Relatos de la sociedad civil del Sur Global*. Colombia: Dejusticia.
- Crabtree, James *et al.* 2020. The future of the state. *Foreign Policy*, 237(verano): 7-11.
- Del Bono, María, Magali Otero y Maitén Sol Rojas. 2021. Vuelta de tuerca: invenciones con posibles. *Anuario Digital de Investigación Educativa*, 4: 9-12.
- Demertzis, Nicolas y Ron Eyerman. 2020. COVID-19 as cultural trauma. *American Journal of Cultural Sociology*, 8: 428-450.
- Duan, Li y Gang Zhu. 2020. Psychological interventions for people affected by the COVID-19 epidemic. *Lancet Psychiatry*, 7(4): 300-302.
- Federico, Leonardo. 2021. Política y trabajo en salud: ¿la pandemia de COVID-19 como acontecimiento? *Cadernos de Saúde Pública*, 37(4): 1-11.
- Fernández-Salvador, Consuelo, Michael D. Hill, Isabella M. Radhuber y José A. Rómán (coords.). 2024. *COVID-19 en América Latina: solidaridad, desigualdades y espacios cotidianos*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Ferreira, Carlos M., María José Sá, José Garrucho Martins y Sandro Serpa. 2020. The COVID-19 contagion–pandemic dyad: a view from social sciences. *Societies*, 10(4): 1-19.
- Forester, Summer y Cheryl O'Brien. 2020. Antidemocratic and exclusionary practices: COVID-19 and the continuum of violence. *Politics & Gender*, 16(4): 1150-1157.
- Gaitán, Pablo. 2015. Usos y límites de la reflexividad en la obra de Anthony Giddens. *Acta Sociológica*, 67(mayo-agosto): 1-23.
- Gandarilla, José y María H. García. 2021. *Atravesar la pandemia. Ensayo a cuatro manos*. Ciudad de México: CEIICH-UNAM.
- Garayalde, Nicolás. 2020. *La mitología de una pandemia*. Argentina: Universidad Nacional de Córdoba.
- Garduño, Alicia Saldívar, Karol Gómez y Esthefanya Ramírez. 2020. Salud mental, género y enseñanza remota durante el confinamiento por el COVID-19 en México. *Persona: Revista de la Facultad de Psicología*, 23: 11-40.
- Gaus, David. 2021. Crisis de salud pública durante la pandemia de COVID-19. *Rural Family Practice*, 6(2). <https://practicafamiliarrural.org/index.php/pfr/article/view/203>.
- Gaitán, Pablo. 2015. Usos y límites de la reflexividad en la obra de Anthony Giddens. *Acta Sociológica*, 67: E-1-E-23.
- Gaytán, Felipe. 2020. Conjurar el miedo: el concepto hogar–mundo derivado de la pandemia COVID-19. *Revista Latinoamericana de investigación social*, 3(1): 22-26.

- Giddens, Anthony. 1999. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giddens, Anthony. 2003. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Madrid: Amorrortu.
- González, Igor Israel. 2020. Aproximación preliminar a las narrativas juveniles en torno a la COVID-19 en Guadalajara. *Papeles de Trabajo*, 14(26): 12-38.
- González, Igor Israel. 2021. Habitar la contingencia: narrativas juveniles en torno a la COVID-19 en Jalisco. *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, 15 (enero).
- Hamid, Wasia y Mohmad S. Jahangir. 2022. Dying, death and mourning amid COVID-19 pandemic in Kashmir: a qualitative study. *OMEGA-journal of Death and Dying*, 85(3): 690-715.
- Han, Yuna, Katharine M. Millar y Martin J. Bayly. 2021. COVID-19 as a mass death event. *Ethics & International Affairs*, 35(1): 5-17.
- Hardoš, Pavol y Zuzana Mad'arová. 2021. On the forms of vulnerability and un-grievability in the pandemic. *Czech Journal of International Relations*, 56(4): 119-130.
- Henao-Kaffure, Liliana. 2010. El concepto de pandemia: debate e implicaciones a propósito de la pandemia de influenza de 2009. *Revista Gerencia y Políticas de Salud*, 9(19): 53-68.
- Hernández, Carlos y Carmen Meneses. 2022. I can't believe they are dead. Death and mourning in the absence of goodbyes during the COVID-19 pandemic. *Health & Social Care in the Community*, 30(4): 1220-1232.
- Herrera, Ana María y Alan Y. Rico. 2021. La construcción social del riesgo. Claves analíticas para comprender la pandemia de COVID-19 en México: el caso de la Jornada Nacional de Sana Distancia. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 66(242): 215-249.
- Horton, Abigail, Beth Russell, Rachel Tambling, Hannah Elias y Madison Mas. 2024. Family experiences of ambiguous loss during COVID-19. *Family Relations*, 73(1): 116-132.
- Howard, Mark. 2021. The necropolice economy: mapping biopolitical priorities and human expendability in the time of COVID-19. *Societies*, 12(1): 2- 15.
- Hyeyoung, Lim, Claire Seungeun Lee y Chunrye Kim. 2023. COVID-19 pandemic and anti-Asian racism & violence in the 21st century. *Race and Justice*, 13(1): 3-8.
- Inchausti, Felix, MacBeth Angus, Ilanti Hasson-Ohayon, Giancarlo Dimaggio. 2020. Psychological intervention and COVID-19: what we know so far and what we can do. *Journal of Contemporary Psychotherapy*, 50(4): 243-250.
- Kelly, Michael P. 2021. Ontological uncertainty and ontological threat: COVID-19 and the UK. *Perspectives in Biology and Medicine*, 64(3): 316-337.

- Konishi, Tomokazu. 2024. A comparative analysis of COVID-19 response measures and their impact on mortality rate. *COVID*, 4(2):130-150.
- Kuri, Edith. 2023a. Reconfiguración de la vida cotidiana durante la pandemia por COVID-19: trabajo, vida doméstica y relaciones. *Clivajes. Revista de Ciencias Sociales*, 18(enero-junio): 130-151.
- Kuri, Edith. 2023b. Transformaciones espaciotemporales de la vida cotidiana durante la pandemia por COVID-19 y su resonancia emocional. *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales*, 3(2): 1-41.
- Lohse, Simon, and Stefano Canali. 2021. The problem of underestimating the importance of social sciences for pandemic policy. *London School of Economic COVID-19 Blog*.
- Lupton, Deborah. 1995. *The imperative of health: public health and the regulated body*. Londres: Sage Publications.
- Lwin, May Oo., Jiahui Lu, Anita Sheldenkar, Peter Johannes Shulz, Wonsun Shin, Raj Gupta y Yinping Yang. 2020. Global sentiments surrounding the COVID-19 pandemic on Twitter: analysis of Twitter trends. *JMIR Public Health and Surveillance*, 6(2): 1-4.
- Maldonado-Torres, Nelson. 2007. Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto. En Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Colombia: Siglo del Hombre, 127-167.
- Mazzetti, Carolina. 2021. La muerte: un amplio campo multidisciplinar de indagación. *Revista M. Estudos sobre a morte, os mortos e o morrer*, 6(12): 378-397.
- Mbembe, Achille. 2020. *Necropolítica*. España: Melusina.
- McDermott, Rose. 2024. The politics of disease. *Politics and the Life Sciences*, 43(1): 11-23.
- Mercadal-Sánchez, Jana, Emilio Ferrer, Ignacio Frajedas-García y Ana Isabel Sánchez. 2023. Enfermos sin compañía, muertos sin funeral: acompañamiento paliativo en centros sociosanitarios de Barcelona durante la COVID-19. *Revisita Internacional de Organizaciones*, 30:79-103.
- Millar, Katharine M., Yuna Han, Martin Bayly, Katharina Kuhn e Irene Morlino. 2020. *Confronting the COVID-19 pandemic: grief, loss, and social order*. Londres: Department of International Relations, London School of Economics and Political Science.
- Missel, Malene, Camila Bernild, Signe Westh Christensen, Ilkay Dagyaran y Selina Kikkenborg. 2022. The marked body – A qualitative study on survivors embodied experiences of a COVID-19 illness trajectory. *Scandinavian Journal of Caring Sciences*, 36(1): 183-191.
- Montes de Oca, Verónica, María del Pilar Alonso, María Montero-López y Marissa Vivaldo-Martínez. 2021. Sociodemografía de la desigualdad por COVID-19 en

- México. *Revista Mexicana de Sociología*, 83(SPE2): 67-91.
- Morens, David, Gregory Folkers y Anthony Fauci. 2009. What is a pandemic? *The Journal of Infectious Diseases*, 200(7): 1018-1021.
- Muppidi, Himadeep. 2012. *The colonial signs of international relations*. Nueva York: Colombia University Press.
- OMS. 2020. Alocución de apertura del Director General de la OMS en la rueda de prensa sobre la COVID-19, celebrada el 11 de marzo de 2020. <https://www.who.int/es/director-general/speeches/detail/who-director-general-s-opening-remarks-at-the-media-briefing-on-covid-19---11-march-2020>.
- Osorio, Giselle, German Quimbayo, Sharo Lopez, Francisco Vázquez y Priscila Glitz. 2020. Urbanización de la naturaleza, pandemia del COVID-19 y desigualdades socio-ecológicas en Suramérica. *Boletín Geocritica Latinoamericana*, 5: 25-44.
- Ospina, Andrés Felipe. 2023. Funerales digitales: maneras colectivas de recordar y asumir los duelos en tiempos aislados. En María E. Bedoya, Jimena Perry y Manuel Salge (eds.), *Comunidades digitales, museos e historia pública: experiencias en torno a América Latina*. Colombia: USFQ Press, Universidad Externado de Colombia, 197-217.
- Panizo, Laura Marina y Valérie Robin Azevedo, V. R. 2021. Reconvertir la “mala muerte” en la época de COVID-19, *Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA)*, 16: 1-7.
- Patiño, Carlos y Daniela Barrera. 2021. Orientaciones emocionales colectivas y el carácter colectivo de las emociones: un referente teórico para el estudio de las barreras psicosociales para la paz. En Juan David Villa, Lina M. Quinceno y Verónica Andrade (comps.), *Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como barreras psicosociales para la paz, la reconciliación y la reintegración en Colombia*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 28-67.
- Pérez, Juan Pablo. 2021. Marginación social y nudos de desigualdad en tiempos de pandemia. *Nueva Sociedad*, 293: 63-76.
- Perrino, Sabina. 2021. Embodied dread in COVID-19. Images and narratives. *Life Writing*, 18(4): 579-592.
- Poma, Alice y Tomasso Gravante. 2015. Las emociones como arena de lucha política. Incorporando la dimensión emocional al estudio de la protesta y los movimientos sociales. *Revista Especializada en Estudios sobre la Sociedad Civil*, 3(4): 17-44.
- Purnell, Kandida. 2021. Bodies coming apart and bodies becoming parts: widening, deepening, and embodying ontological (in)security in the context of the COVID-19 pandemic. *Global Studies Quarterly* 1(4): 1-19.
- Razo, Laura Cecilia. 2021. Comunes frente a los cercamientos y extractivismos

- de sobreexplotación: una revisión desde el contexto de la pandemia del COVID-19. *Universitas. Revista de Filosofía, Derecho y Política*, 36: 206-221.
- Regilme, Salvador Santino. 2023. Crisis politics of dehumanisation during COVID-19: a framework for mapping the social processes through which dehumanisation undermines human dignity. *The British Journal of Politics and International Relations*, 25(3): 555-573.
- Sagaró del Campo, Nelsa M. y Larisa Zamora. 2019. Evolución histórica de las técnicas estadísticas y las metodologías para el estudio de la causalidad en ciencias médicas. *Medisan*, 23(3): 534-556.
- Serrano, Serena E. 2020. ¿Bailar con la más fea? Duelo y muerte en el contexto del COVID-19. *Notas de Coyuntura del CRIM*, 7(mayo): 1-7.
- Silva, Jairnilson y Naomar Almeida. 1999. La crisis de la salud pública y el movimiento de la salud colectiva en Latinoamérica. *Cuadernos Médico Sociales*, 75: 5-30.
- Sturberg, Joachim y Carmel M. Martin. 2020. COVID-19. How a pandemic reveals that everything is connected to everything else. *Journal of Evaluation in Clinical Practice*, 26(5): 1361-1367.
- Tetelboin, Carolina, Daisy Iturrieta, Clara Schor-Landman. 2021. *América Latina: sociedad, política y salud en tiempos de pandemias*. Valparaíso: Universidad de Valparaíso.
- Tufte, Thomas. 2023. El futuro se atascó. Aspiraciones juveniles post-COVID, agencia y cambio social desde la comunicación. En Edith Cortés y Carmen L. Flores (coords.), *Viralizando el desencanto*. México: Seminario Internacional sobre Estudios de Juventudes en América Latina, UAEM, 23-48.
- Tuitjer, Leonie, Anna-Lisa Müller y Gesine Tuitjer. 2023. Social infrastructures in times of corona: exploring the ambiguities of sociality, practices, and materiality. *Space and Culture*, 1-14.
- Valencia, Guadalupe y Raúl H. Contreras. 2020. La pandemia como acontecimiento mundo: acercamiento socioantropológico a la temporalidad del COVID-19. *Antropología. Revista Interdisciplinaria del INAH*, 9: 86-101.
- Villordo, Victoria. 2020. Cuerpos en emergencia: un abordaje interseccional sobre las violencias por razones de género durante el COVID-19 en América Latina y el Caribe. *Anuario en Relaciones Internacionales del IRI*, 1-23.
- Wang, Cuiyan, Riyu Pan, Xiaoyang Wan, Yilin Tan, Linkang Xu, Cyrus S. Ho y Roger C. Ho. 2020. Immediate psychological responses and associated factors during the initial stage of the 2019 coronavirus disease (COVID-19). Epidemic among the general population in China. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 17(5):1-25.
- WHO. 2020. *Naming the coronavirus disease (COVID-19) and the virus that causes it*. <https://www.who.int/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019/te>

chnical-guidance/naming-the-coronavirus-disease-(covid-2019)-and-the-virus-that-causes-it.

Wright, Katharine, Toni Haastrup y Roberta Guerrina. 2021. Ontological (in)security and COVID-19: reimagining crisis leadership in UK higher education. *Critical Studies on Security*, 9(2): 174-178.

Zurriaga-Carda, Rocío, Adrián Hugo Aginagalde y Daniel Álvarez-Vaca. 2022. Epidemiología de campo en tiempos de COVID-19: retos para los servicios de salud pública. Informe SESPAS 2022. *Gaceta Sanitaria*, 36(1): 76-81.